

Aluches, y otras historias de antes de la guerra

Por Luis Angel Gonzalez Valbuena



Juan Antonio Suárez, más conocido como 'el Sastrín de Rucayo', espera que el alcalde le entregue la copa de plata como campeón provincial de 1931 de lucha leonesa.

1. Primer corro provincial

La foto es del primer corro provincial que se hizo en León. Nunca se había hecho el reunir a los mejores luchadores de la provincia, de la montaña y la ribera, para tener un campeón provincial. Fue en el año 1931, y se hizo en una plaza de toros de madera de la capital. Fue todo un acontecimiento, de ahí la foto del periódico Diario de León.

Mi padre fue de los seleccionados por la montaña, tenía de aquella 25 años. Y llegó a la final, donde perdió con el Sastrín de Rucayo. Fue una espina que siempre tuvo clavada, cada vez que salía el tema, le seguía "escociendo". Decía que le habían robado el corro, él era un desconocido, mientras que el Sastrín ya era muy famoso y todos querían que ganara el primer provincial. Vamos... algo así como el Madrid o el Barça cuando juegan con los pequeños. Nos relataba que le tiro más de cuatro veces, pero decía que era ágil como un gato, y que se le soltaba y caía de manos o de lado, y no le dieron ninguna caída válida, hasta que en una le tiró a él. Al pobre hombre poco le duró la satisfacción, fue de los "paseados" por los falangistas en los años después de la guerra. Triste historia la suya. Debía ser un buen hombre, cuyo pecado capital debió ser que trabajó en alguna mina, con lo que, quizás, estuvo afiliado a algún sindicato.... Mejor dejarlo.

No sé si el provincial se volvió a hacer antes de la guerra, lo cierto es que se suspendió durante la contienda y unos años después. En esos años aparecieron nuevos luchadores, aquellos de la generación de mi padre, de mi tío Alipio y de otros, se les pasó su tiempo, como tantas cosas con aquella lucha fratricida. Entre ellos apareció un tal Benitín, que sí consiguió ganar el provincial en nombre de Las Salas, “sacando la espina” de mi padre.

2. Corro de Crémenes:

Para San Juan, hubo un año, ignoro si hubo más, que en Crémenes se hacía un buen corro de aluches, más que nada por el premio que había. El premio lo ponía el dueño de las minas de Trapa, un médico apellidado Miranda. Algo parecido, supongo que sería una copia, se hizo cuando volvió a funcionar dicha mina, en esta ocasión el premio era un millón de pesetas al que lo ganara tres años consecutivos. Lo ganó Ernesto, muchos lo vivimos en directo. Aquel año el premio era un “duro de plata”, todo un capital debía ser. Debido al premio hubo una gran cantidad de luchadores, y, a mi padre, como era de los buenos lo reservaron para los últimos de Las Salas, que por entonces debían sembrar el pánico en los corros. Cuando no quedaba ninguno le tocó salir a él, y la cosa se alargó y se alargó, pues el duro era muy goloso. Hasta se hizo de noche, y el dueño de las minas tuvo que poner las luces del coche para que pudiera acabar el corro. Como no se veía muy bien, mi padre en uno de los “voleos” tiro a uno de los contrincantes contra un puesto de caramelos que había, tirándoselo todo al suelo. Tumbó a 21 luchadores, quedando campeón. Contaba que con el duro estuvieron de juerga todos los mozos tiempo y tiempo.

3. Corro de Pedrosa.

La gente de antes, en este caso, mi padre y mi tío Alipio, estaban curtidos y duros del trabajo. No hay más que ver la planta que tenía mi padre en la foto, como un atleta, y no de ir al gimnasio. Sobre todo a ellos dos, que eran los mayores de 10 hermanos, les tocó trabajar duro desde jóvenes, en el río, en la cantera, y en las labores del campo. Aparte, en cuanto podían salían a “ganar jornales” donde fuera. De hecho estuvieron varios inviernos trabajando de pinches en la construcción de invernales en Riosol (Maraña). Salían el lunes por la mañana andando, estaban toda la semana allí, acarreando cal y piedra, y volvían el viernes, también a pie. Nos contaba mi padre, que en el segundo año, parece que el jornal ya “daba para algo”, y él se compró una bicicleta, con lo que ir y venir a Maraña era ya un “paseo”. En una ocasión, venía tan cansado que en Bachende se quedó dormido en la bici, y cayó para el río, menos mal que unas salgueras amortiguaron la sapada...

Aparte de duros de ese continuo “gimnasio” al que acudían a diario, estaban mucho más curtidos de cadriladas, medias-vueltas, garabitos, medianas... que nadie de los que pueda luchar ahora. Entonces la lucha estaba en el ambiente, en la sangre de todos los montañeses, y se luchaba a la mínima, por todo. Uno de los sitios donde más se enganchaban en Las Salas era delante del boquero de Marcos (el padre de Enrique, Marino...) que está mirando para la bolera. Claro, entonces no había cemento, ni asfalto, estaba de tierra y muy verde de la grana que caía al meter la hierba. Raro el día que los chavales no estaban luchando allí: al salir de la escuela, de misa, o basta que pasaran por allí algún paisano los “embriscara”. Esto era algo muy común, no había reunión (fiesta, merienda, hacendera, concejo....) en el que algún mayor

incitara a los chavales a ello, y ya estaban liado, lo mamaban desde chavales. Luego en las largas jornadas de veceras, se luchaba, si coincidían en alguna collada con otros pastores de otro pueblo, ni te cuento.... Aparte, ya de mozos, había corros, más o menos organizados, en todas las fiestas, romerías, bodas, misas nuevas.... Total que alguien, como mi padre cuando vino a León al provincial, o cualquier otro, llevaban más horas de lucha y de sapadas que cualquiera de los luchadores de hoy día, por muchos corros a los que acudan. Eso, unido a su fortaleza física, explica como entonces alguien podía tirar en un corro a 15, 20 o hasta 30 mozos, de los que ninguno era “manco”. Esa modalidad en la que el luchador no se retiraba del corro hasta que alguien lo tirara, hace tiempo que se quitó, y, si bien es verdad, que podía ser injusto que ganara uno que salía al final, o que perdiera después de haber tirado 20 luchadores... pues sí, pero tenían otra dimensión. Y yo, no los conocí. Supongo que son los tiempos.

Pues bien, sigamos con la lucha “aquella”. Tío Alipio, estuvo otro año trabajando la piedra en Pedrosa, y, para descansar de un trabajo tan “relajado”, supongo que en los ratos libres, como se hacía en todos los pueblos, se “engancharían” al cinto, con lo que habían visto que el pinche era muy buen luchador. Total que aquel año en la fiesta el reto fue “Pedrosa y un agregado contra todos”. Este reto era habitual entonces, el “agregao”, era un forastero que luchaba a favor del pueblo, y que se mantenía, más o menos, en secreto. El pique entre Pedrosa y Riaño siempre fue latente, en la lucha, en las peleas de toros, en el monumento de Semana Santa.... Total que aquel año, el reto estaba “echao”.

A tío Alipio lo reservaron para el último, pues era la sorpresa. Los de Riaño se fueron imponiendo hasta que acabaron con los mozos de Pedrosa, le tocó salir al agregao cuando quedaban aún un montón de mozos de Riaño, todo parecía indicar que el corro se lo llevarían los de Riaño. Pues no, tiró a los 26 mozos que quedaban, proclamándose campeón y saliendo a hombros. Nos contaba que “acabó con la cintura desollada”.

4. Corro de “los barbos y el mazapán”

Para entender esta historia hay que retrotraerse a aquellos años, y lo que era la gente de aquella generación. La historia es un poco larga, pero curiosa y entretenida. Tío Alipio era un gran “chapuzador”. La diferencia entre chapuzador y pescador “de a mano”, la explicaré, ya que los que no vivieron el río, tal como fue, pueden no entenderlo. Pescadores “de a mano”, era casi todo el mundo, unos mejores y otros peores, era un vicio que todos dominábamos. Había que tener “buena uña”, se decía. Y todos chapuzábamos, más o menos. Por chapuzar se entiende meterse debajo de los grandes peñones y serrones que había y sacar las truchas de lo más profundo. Para ello había que tener dos cualidades: primero “buen pulmón”, algo que la mayoría teníamos, pues, como todo, se entrena, y a base de hacerlo, acaba uno por aguantar debajo del agua lo que no está escrito, y más cuando estabas en la pelea con una buena trucha. Más de una vez salías morado... Y, la segunda cualidad era soportar el frío, y en eso había pocos, es más, de mi generación y anterior (léase la de Javier, Enrique....) no recuerdo a ninguno. De “los de antes”, recuerdo a tío Alipio, a Pepón (padre de Jose Ignacio...),y alguno más, que no recuerdo. Mi padre, era más pescador que tío Alipio, tan bueno a mano, y mejor a garrfa y caña; bueno tío Alipio no pescó a caña una sola trucha, igual que Jandro, y no fueron pocas las que pescaron. Pero mi padre, como otros, se quedaba frío después de un buen rato chapuzando, mientras que estos otros eran capaces de estar en los serrones de Las Lagunicas, del Pialgo o de donde fuera toda una tarde, dos, tres horas y no se quedaban fríos. Algo inhumano, todos los que haya chapuzado y buceado en las aguas de montaña, saben lo que es. Hasta lo podéis probar en La Villa, o donde sea en la

actualidad. Mientras la cabeza está fuera, por muy fría que esté el agua, bien... pero en cuanto empiezas a meterla, la cosa cambia.

Y, como para muestra vale un botón, os contaré una ocasión en la que fuimos en el tren a pescar al río de Beberino, el Casares, un río parecido al Dueñas que desemboca en el Bernesga en Pola de Gordón. Y, con un agua tan caliente como la del Dueñas... Fuimos mi padre (de aquella ya no pescaba a mano), tío Fidel (de vigía), tío Alipio, Fredi y yo. Calculo que podíamos tener 14 y 16 años, con lo que mi tío ya tendría 63 ó 64 años, ¡¡¡jojiji. Llevábamos las cañas y cestas para disimular, y estuvimos pescando a mano un buen rato al mediodía. A media tarde el frío ya empezaba a hacernos tiritar..., hasta que ya nos castañeaban los dientes. Llegamos a un puerto que daba agua a una presa de un molino, y se mete tío Alipio debajo de peñón gordo (como el de Tomasón...) y nos dice: “traer ramas, hierbas, tapines...”, todo para tapar otras dos salidas que tenía el peñón. Ya con meterse a bucear y tapar las salidas, Fredi y yo tiritábamos como “vilortas”. Acabada la faena nos dejó que chapuzáramos para ver lo que había. No recuerdo bien, creo que si cogimos alguna, pero el frío nos hizo desistir pronto. Allá se mete él con sus 64 años, chapuza, trucha, chapuza trucha..., nosotros metidos hasta la barriga y con unas tiritonas de miedo, bastante hacíamos con cogérselas para pasarlas a la cesta. Recuerdo que sacó unas 12/14 truchas, de esas gordas y negras típicas de esos peñones. Aquel día las truchas no cabían en la cesta, y era de las de antes, que hacían un montón de kg. Y antes de que os cuente qué relación tiene el chapuzo con la luce, para que se entienda esta historia, os tengo que contar quien era un personaje muy entrañable en nuestra familia: el “sastre”, y no el de Rucayo.

El sastre se llamaba Gerardo, y era íntimo amigo de mi padre y tío Alipio, de la cuadrilla de caza. Las historias de esta cuadrilla que mi padre nos contaba, son las mismas que con mano maestra relata Delibes en sus libros de caza. Os recomiendo que los leáis. Pues bien, al sastre le gustaba la caza, pero más las juerga, de hecho era muy normal que cuando iban a cazar, en el tren o en bici (eran los medios de transporte entonces), él estuviera la mañana con ellos, pero al llegar el mediodía, con la disculpa de que se cansaba, pues era un poco cojo, se “arrimaba” al pueblo más cercano, y no tardaba en trabar amistad con algún paisano, eso sí, que tuviera bodega. Más de un día tuvieron que andar a carreras buscándolo por las bodegas del pueblo porque perdían el tren... En otra ocasión salió algo “azufrado”, y al retomar la caza se cayó y se le disparó la escopeta, con lo que optaron por quitársela y dejarlo a la sombra de un mostajo echando la siesta. Era maestro en “colarse” en ceremonias multitudinarias, en las que muchos no se conocen, y comía y bebía “de gorra”. En más de una boda se coló... Pero la más sonada fue una comida de hubo de sindicatos (cómo serían en aquella época...), esta era en el hostel de San Marcos, y él nunca había comido en un sitio tan elegante, así que se vistió con un traje que le prestaron y se coló en celebración. Allá a media tarde que la cosa ya estaba animada y algo más, ya uno le preguntó “¿oye, y tú de qué sindicato eres?”, a lo que el sastre con su sorna le contestó: “¿yo?, del sindicato la chispa”. Único el amigo Gerardo. Fredi heredó su escopeta de perrillos, una reliquia. Sus últimos años trabajó en “casa Tele”, aún abierta a día de hoy, una tienda de electrodomésticos al lado de la catedral, donde pasábamos muchas veces a verlo con mi padre.

Y siguiendo con el chapuzo, el vicio de tío Alipio era tal, que aquí, en León, se dedicaba a los barbos, mucho más difíciles de sacar que las truchas, por su fuerza y por su piel, además de que sólo suelen encuevarse en grandes peñones o raiceras. En el puente de los leones (el que cruza de Guzmán a la estación), y en el de San Marcos chapuzaba mientras tía Asunción, o Luis, o Zaca vigilaban encima del puente lleno de gente.

Uno de los sitios donde solía ir a barbos era el molino de los ajos, unos kms por encima del Puente Villarente, en el Porma. Iba, como no, en bicicleta, y llevaba a Luis atrás, y a Zacarías en

la barra, donde tenía colocado un sillín. Cuentan sus hijos que sudaba subiendo el Portillo como un pato, como para no... Los barbos en estos sitios bajos de los ríos, se encuevan en las raiceras que se forman en orillas de los prados y el río. Algunas de estas son tan grandes que se mete uno entero dentro. Así eran estas del molino de los ajos, tanto, que se metía debajo y no se le veía. Cuentan Luis y Zacarías, que ellos aguardaban nerviosos fuera a ver cuando salía. En una ocasión, creo que estaba Luis solo, no salía, y no salía.... Él ya nervioso, hasta que al cabo de un buen rato sale con dos barbos enormes y le dice: “no te asustes, es que se respira debajo”. Había descubierto que muy adentro la cueva se elevaba y había una bolsa de aire. Hay que echarle.... Se volvió a meter y sacó algún barbo más, pero aquello quedó “visto para sentencia”. Volvieron la semana siguiente, y como ya sabía cómo estaba el tema, se metió, echó los barbos para adentro, y con ramas y tapines tapó la entrada que había desde “donde se respiraba”. Marcharon al molino, le pidieron un azadón al molinero, y calculando por donde andaban los barbos, se puso a cavar hasta que llegó al agua. Cogieron casi un saco de barbos, de los que se quedó la mayoría el molinero, pues él, en la bicicleta, y con los dos chavales encima, imagino que no podría traer muchos. Tremendo este hombre.

Pues bien, llegamos, por fin, al inicio del corro. Aquel día fueron en la bici los tres al molino de los ajos, y llevaron de compañero a Gerardo, el sastre, y no para pescar... Después de pasar un día “descansado” peleando con los barbos, regresaron a León en la bici. Al pasar por Valdelafuente (primer pueblo que hay saliendo de León por la carretera de Valladolid), Gerardo, que para eso tenía un olfato más fino que el mejor perro, se dio cuenta que había fiesta en el pueblo. “vamos a parar a ver a que hay”, “que no hombre, que se hace tarde con los chavales”, diría tío Alipio. Nada, hubo que parar, faltaría más. Resulta que era la fiesta de una boda, y mira por donde, tío Alipio conocía a la madre de la novia. Y, a pesar de que no era zona de aluches, había un corro en el que el premio era un mazapán. Después de un rato de estarlo viendo, el sastrín que había tomado unos vínicos... se empezó a animar. “Alipio, a estos bien los tiramos entre tú y yo”, nada..., “Alipio, vamos coño”, nada... Calculo que, de aquella, el tío tendría bastante más de 50 años, y no tenía ganas de luchar. “que salgo yo”, decía el sastrín, nada, hasta se fue al corro a coger el cinto y se lo puso...”venga Alipio”. La madre de la novia, viendo que Alipio se iba calentando, le dijo que “no salgas hombre, estos chavalones son muy fuertes, y te van a dar una paliza”. “nada, pues lucho yo...”, seguía diciendo Gerardo, y, con su cojera, al medio del corro a con el cinto puesto, ante lo cual ya tío Alipio se “descalzó” y se puso el cinto. Quedaban unos 15 mozotes de aquella zona. “tenían mucha fuerza, pero no sabían luchar”, nos contaba al relatar la historia. Los tiró a todos, sudando lo suyo, según contaba Luis.

Con el mazapán, los barbos, los dos chavales, y el sastre, para León. Esta gente era de otra madera, qué duda cabe.

5. Otras historietas

En esta historieta, entra en lidia hasta el obispo. Este, en una ocasión vino a la tierra a visitar la cátedra de Lois, así como su iglesia, llamada la catedral de la montaña. De aquella estaba de dómine de la cátedra mi tío Berto, de Horcadas, gran aficionado a la lucha. Esta estaba arraigada en todos los estamentos, fueran ganaderos, curas, canteros, médicos o pastores, todos tenían como pasión la lucha.

El obispo y la comitiva, después de visitar Lois, por la tarde y antes de partir para León, bajaron a conocer la ermita de Roblo, y allí el tío Berto le explicó en el “prao” como era el corro que allí se hacía, uno de los más famosos de la montaña, y de qué se trataba, algo que obispo ignoraba, supongo que sería de fuera. “Pues es fácil, se agarran los contrincantes por el cinto, y

se trata, a base de mañas, de tirar al contrario al suelo”, “claro, el que más fuerza tenga, será el que gana”, o algo así le debió decir el obispo, “no, no, la maña es lo más importante” . Ante la visita de tal ilustre personaje, se habían arrimado a Roblo bastante gente de Las Salas y otros pueblos de la ermita, entre ellos el tío Augusto, cura también, y Benedicto, su hermano. Para los que no los recordéis, eran los tíos de Cándido, el padre de M. Fe y M. Paz. Benedicto era un fino luchador, a pesar de su escasa talla (no mediría mucho más de 1,50), ante lo cual el tío Berto vio que allí había filón. Ya sabía él que poco había que animar en aquellos tiempos a cualquier mozo para engancharse al cinto. Había acompañado al obispo un buen mocetón del seminario, que medía casi 1,80, algo inusual en aquella época. “pues en la lucha leonesa es tan importante la maña, que mira, alguien como Benedicto es capaz de derrotar a (supongamos que se llamaba así) a Anselmo”, “quía, ¿Cómo lo va a tirar, hombre”, eso es imposible”, argumentaba el obispo.

Ya estaba liada, cualquier disculpa en aquellos años era buena para hacer un medio corro, dos caídas o lo que fuera. Enseguida “aparecieron” dos cintos como por arte de magia, y se engancharon los dos. Primero le explicarían a mocetón como agarrase, y cómo hacer, que no podía soltarse, que no valían patadas, que se trataba de tirar al otro..etc. El tío cura de árbitro, y cuando vio más o menos que todo estaba correcto, bien agarrados, palmada en la espalda, y “adelante” . Anselmo intenta tirarlo por fuerza bruta, para un lado, nada, para otro nada, en un empujón de estos, lo espera, y aprovechando su empujón, zas, media vuelta y el tío al suelo. “no puede ser, diría el obispo”, “me pilló despistado”, diría Anselmo. Se agarran otra vez, ahora tensa para no cometer el mismo error, trae a tío Bedenicto contra él, este le traba el garabito por dentro, y costillazo que te crio. La cara de ambos, ya empezaba a ser otra. “la última, la última”, dijo Anselmo herido en su orgullo, de que lo tirara alguien tan pequeño....

Vuelta a agarrarse, y esta vez no le da tiempo a tío Benedicto a nada porque lo levanta antes de le pueda hacer alguna “faena” con las piernas, este le pone las rodillas en la barriga, y vueltas para un lado, lo intenta tirar, pero él se abre de piernas, se sujeta, nada... otra vez arriba, a pulso, otras vueltas, otra vez intenta tirarlo al posarlo, nada... otra vez arriba, más vueltas, ya resoplaba, contaba tío Berto, como un toro cansado, y nada... hasta que ya agotado intenta otra vez posarlo y tirarlo, le traba la mediana, y patas arriba otra vez el mocetón. “ves, ves, como en esto es la maña lo más importante”, relataba el tío Berto cuando me lo contaba, riéndose todavía.

Entonces la lucha tenía otra dimensión , qué duda cabe